ETC. Investigación y reportajes Página/12





De la hoguera a la posmodernidad

UN DIA UN GATO

Por Rossana Rossanda

manifesto de Roma

Esta crónica exhortará a regalar un gato, a menos que alguien halla encontrado uno en la calle, es decir que sea gratis. Estamos envueltos por una ola gatomercantil. Libros, calendarios, agendas, teteras, jarrones, fuentes para el horno, almohadones con forma de gato. Jamás los gatos fueron tan fotografiados: gatos de raza noble y bastardos, gatos sobre alfombra o en el tejado, de un solo color o manchados, panza arriba o con aire furibundo, como recién sacados del agua, meditando de frente o de espaldas. Gatos tomados a traición y transformados en postales. Acaba de publicarse un libro sobre los gatos en el arte, a pesar de que éste es refractario a los felinos, salvo honrosas excepciones como Leonardo o Picasso. Sus gatos asesinos, todos dientes y uñas, representan lo que durante siglos fue la esencia gatuna.

Veinte años atrás dominaba el perro, como negación del gato. El perro era fiel, el gato no; el perro amaba al amo, el gato la casa, el perro deseaba morir sobre la tumba de su amado, al gato ni siquiera se le ocurría. El perro cazaba con el hombre, le llevaba el diario y las pantuflas, el gato no hacia nada por nadie. Ni Apollinaire ni Baudelaire en su época lograron rehabilitarlo a los ojos de las masas.

Esto sucede ahora, por medio de la conversión de sus supuestos defectos en virtudes. El gato no es infiel, es independiente. No mira con aire devoto, sino con ojos fríos e intensos y le gusta dormir junto al amo, casi como frente al radiador. El perro se deja dar un nombre, al que responde; el gato no se hace llamar: viene cuando quiere, como la gracia. El perro se parece a un hombre simple, el gato a una mujer secreta. Se ama al perro y se es seducido por el gato. Etcétera. La literatura abunda en ejemplos.

"Les amoureux ardents et les savants austeres/ aiment égalment, dans leur mure saison/ les chats puissants et doux, orgueil de la maison/ qui comme eux sont frileux et comme eux sédentaires." (Los enamorados ardientes y los sabios austeros/ aman igualmente, en la edad madura/ a los gatos poderosos y dulces, orgullo de la casa/ que como ellos son friolentos y como ellos sedentarios.) Eso decía Baudelaire. ¿Pero son éstos los gatos que hoy nos fascinan? Ya no existen casas donde nacen y mueren generaciones de seres humanos y de gatos. Los enamorados viajan, los científicos se mueven en laboratorios asépticos. Adiós al gato señor de la casa, el nuestro es un gato neurótico, de una sociedad urbana y dispersa.

Cuando no era así, la gente tenia un gato para cazar ratones, (algo que ahora el felino no hace casi nunca, ni siquiera en el campo: prefiere pájaros, lagartijas, saltamontes y su enemigo principal, la mariposa) o, aun peor, para comerlo.

Un amigo cuenta que cuando oía a alguien gritar "Simone", llamando al gato, pensaba en una cacerola. Porque parece que es exquisito, pero si es por esto, también lo es el perro. Temo que la pérdida de especies enteras de gatos en la última guerra mundial no se haya debido solamente a las bombas. Sólo resistieron los Estados Unidos: es el único mérito que se le acreditará a este país el día del juicio final.

No sé cómo ni cuánto vive hoy el gato en el planeta. Sé, que para fastidio de quien desde siempre tuvo gato, en los países desarrollados hoy está de moda. Será porque es un animal de proporciones justas, ni muy grande ni muy pequeño, de movimientos espléndidos, de pocas necesidades, que concede a unos pocos su voz ronca y expresiva, que se deja acariciar sólo por algunos la suave pelambre, que es capaz de sentir nuestra melancolía y sentarse en la falda como en la más dulce colina. ¿Será por eso el animal que mejor se adapta a los tiempos fríos y a los corazones rotos?

Con el gato, se arriesga poco y se da poco. Si en todos los animales proyectamos la imagen del hombre —la única que conocemos ligeramente— en el gato ponemos la independencia, la gracia, la ligereza que deseamos poseer y encontrar en quienes amamos. En él desahogamos sentimientos y avaricias, la necesidad de afecto y la satisfacción de la dependencia ajena. Porque tal vez no somos patrones, pero sí señores de nuestro gato. Que él esté dispuesto a irse en cualquier momento, vuelve ese poder precario y más intenso.

Con el animal que nos espera en casa vivimos aspectos extraños y no siempre agradables de nosotros mismos. ¿Quién, capaz de querernos, pide menos? Nadie. Así, lo enroscamos al cuello del alma helada, y poco nos preguntamos sobre lo que pasa en ese trozo de conciencia que intuimos en su mirada. Le imponemos marañas de pensamientos similares a los nuestros. Hablamos mucho de su problemática, pero en seguida la ahogamos en caricias bruscas.

Luego llega el momento en que ese pedazo de vida vestido de gato se detiene en un último ímpetu, o un montón de pelusa salta convulsivamente ante nuestros ojos, atropellado por un auto, y cae finalmente inmóvil en la calle. Recién entonces se convierte en un ser como nosotros, porque los cuerpos sin vida se inscriben también en nuestras distraídas cabezas en el ciclo único del universo y sentimos que sólo casualmente somos diferentes de ese gato con el que pensábamos dialogar.

LOS PECADOS DEL GATO

LA HISTORIA PANZA ARRIBA

Por Osvaldo Soriano

Hace cinco siglos, con el comienzo de la Inquisición, el papa Inocencio VIII reveló al mundo cristiano que los gatos —su insumisión y misterio—, eran representantes del demonio y ordenó perseguir a quienes les dieran protección. En 1484, la cristiandad entera se hizo cargo del odio y las piras se encendieron de Roma a París, de Bruselas a Varsovia. Cinco siglos más tarde, en Europa, no hay museo ni vidriera que no festeje al gato como la más preciosa obra de la creación.

En 1987, con los festejos del Año Internacional del Gato, se les concedieron nuevas leyes de protección (sobre todo contra el martirio en los laboratorios medicinales), programas de televisión y radio, exposiciones de pintura y fotografía, suplementos de diarios y semanarios, congresos, desagravios, poemas y hasta misas herejes. En Italia ya son cuatro las revistas dedicadas exclusivamente al gato. En París, los estantes de la sección animales de la *Fnac*, la más grande librería de Europa, rebozan de nueva bibliografía. En Londres y Nueva York se ha recopilado en álbumes y afiches la iconografía del gato desde los egipcios a la posmodernidad.

El mundo a sus pies, el gato en la cama, ahora libre de estigmas. Con este desagravio —tardío— el hombre, busca hacerse perdonar las largas y crueles persecuciones de que fue víctima el animal que salvó a la humanidad en los días más terribles de la peste negra.

Desde que llegaron a Europa por los Países Bajos, en el siglo V antes de Cristo, los gatos han sido temidos, adorados, protegidos y sobre todo exterminados por el hombre que nunca dejó de asociar su profunda mirada enigmática, sus movimientos sigilosos y perfectos, con la presencia condenatoria de satanás y el reino de las tinieblas.

De esas oscuridades viene el rechazo al gato negro, pero en verdad no importan la raza ni el color: en la Edad Media el gato era la imagen (y el lenguaje) de la perversión y el mal. Su nombre latino, *Cattus*, aparece en Palladius hacia el año 550 y el primer texto castellano que lo nombra, según Joan Corominas, es del 967. No hay una sola mención en las Sagradas Escrituras para ese felino que, aun durmiendo 18 horas por día, iba a deslumbrar, entre otros, al Dante, a Leonardo da Vinci, Poe, Dickens, Zola, Lenin, Churchill, Cocteau, Sartre, Malraux, Chandler, Borges, Cossa y Gelman.

Julio Cortázar los describía como "teléfonos al Más Allá", pero los más bellos cantos publicados hasta hoy, ya se sabe, son de Lope de Vega, Baudelaire (*"Ven, ven, hermoso gato, sobre mi corazón enamorado..."*), Colette, y T.S. Eliot (*"Pero sólo el gato sabe y no lo confesará jamás..."*)

Cinco mil años de misterio

La aparición del gato entre los hombres es demasiado reciente. Hace sólo cinco mil años que ese perezoso que está ahora apelotonado entre las frazadas, o acostado en el sillón, entró por la ventana silencioso y blando como un suspiro.

Los perros están con la gente desde que hay memoria humana: llevan cuatro millones de años aquí y ya no les quedan más misterios que develar, ni sufrimientos nuevos que padecer. Ven el mundo en blanco y negro y lo peor que puede decirse de ellos es que siempre han sido fieles al hombre.

Los gatos, que ven el mundo en colores —un equipo de científicos soviéticos acaba de comprobarlo, según la agencia TASS—, parecen más desconfiados, pero tienen sus razones. Aunque hayan librado al mundo de muchas pestes y hambrunas, la superchería los acusa de todos los vicios y licencias, empezando por los del sexo: se sabe que *Gato*, en femenino y en masculino designa en todas las lenguas occidentales al libertino y a la prostituta. Con el anatema de Inocencio VIII, la Iglesia bendijo la persecución iniciada ya con la era del cristianismo. En verdad, las épocas de felicidad para los gatos, antes de que se los consagrara mimados de la era posindustrial, fueron la del paganismo primero, y la del Renacimiento luego.

Hacia 1688, luego de descubrir la ley de la gravedad, Isaac Newton inventó la gatera al pie de las puertas para dejar que su inspirador circulara en libertad por toda la casa. El Dante, por su parte, fue el único —según cuenta su amigo Cecco de Ascoli— en lograr que un gato le sostuviera una vela junto al papel mientras escribía *La divina comedia* en el exilio de Ravena.

Alejandro Kacero





LOS PECADOS DEL GATO

LA HISTORIA PANZA ARRIBA

Por Osvaldo Soriano

Hace cinco siglos, con el comienzo de la Inquisición, el papa Inocencio VIII reveló al mundo cristiano que los gatos —su insumisión y misterio—, eran representantes del demonio y ordenó perseguir a quienes les dieran protección. En 1484, la cristiandad entera se hizo cargo del odio y las piras se encendieron de Roma a París, de Bruselas a Varsovia. Cinco siglos más tarde, en Europa, no hay museo ni vidriera que no festeje al gato como la más preciosa obra de la creación.

En 1987, con los festejos del Año Internacional del Gato, se les concedieron nuevas leyes de protección (sobre todo contra el martirio en los laboratorios medicinales), programas de televisión y radio, exposiciones de pintura y fotografía, suplementos de diarios y semanarios, congresos, desagravios, poemas y hasta misas herejes. En Italia ya son cuatro las revistas dedicadas exclusivamente al gato. En París, los estantes de la sección animales de la *Fnac*, la más grande librería de Europa, rebozan de nueva bibliografía. En Londres y Nueva York se ha recopilado en álbumes y afiches la iconografía del gato desde los egipcios a la posmodernidad.

El mundo a sus pies, el gato en la cama, ahora libre de estigmas. Con este desagravio —tardío— el hombre, busca hacerse perdonar las largas y crueles persecuciones de que fue víctima el animal que salvó a la humanidad en los días más terribles de la peste negra.

Desde que llegaron a Europa por los Países Bajos, en el siglo V antes de Cristo, los gatos han sido temidos, adorados, protegidos y sobre todo exterminados por el hombre que nunca dejó de asociar su profunda mirada enigmática, sus movimientos sigilosos y perfectos, con la presencia condenatoria de satanás y el reino de las tinieblas.

De esas oscuridades viene el rechazo al gato negro, pero en verdad no importan la raza ni el color: en la Edad Media el gato era la imagen (y el lenguaje) de la perversión y el mal. Su nombre latino, *Cattus*, aparece en Palladius hacia el año 550 y el primer texto castellano que lo nombra, según Joan Corominas, es del 967. No hay una sola mención en las Sagradas Escrituras para ese felino que, aun durmiendo 18 horas por día, iba a deslumbrar, entre otros, al Dante, a Leonardo da Vinci, Poe, Dickens, Zola, Lenin, Churchill, Cocteau, Sartre, Malraux, Chandler, Borges, Cossa y Gelman.

Julio Cortázar los describía como "teléfonos al Más Allá", pero los más bellos cantos publicados hasta hoy, ya se sabe, son de Lope de Vega, Baudelaire ("*Ven, ven, hermoso gato, sobre mi corazón enamorado...*"), Colette, y T.S. Eliot ("*Pero sólo el gato sabe y no lo confesará jamás...*")

Cinco mil años de misterio

La aparición del gato entre los hombres es demasiado reciente. Hace sólo cinco mil años que ese perezoso que está ahora apelotonado entre las frazadas, o acostado en el sillón, entró por la ventana silencioso y blando como un suspiro.

Los perros están con la gente desde que hay memoria humana: llevan cuatro millones de años aquí y ya no les quedan más misterios que develar, ni sufrimientos nuevos que padecer. Ven el mundo en blanco y negro y lo peor que puede decirse de ellos es que siempre han sido fieles al hombre.

Los gatos, que ven el mundo en colores —un equipo de científicos soviéticos acaba de comprobarlo, según la agencia TASS—, parecen más desconfiados, pero tienen sus razones. Aunque hayan librado al mundo de muchas pestes y hambrunas, la superchería los acusa de todos los vicios y licencias, empezando por los del sexo: se sabe que *Gato*, en femenino y en masculino designa en todas las lenguas occidentales al libertino y a la prostituta. Con el anatema de Inocencio VIII, la Iglesia bendijo la persecución iniciada ya con la era del cristianismo. En verdad, las épocas de felicidad para los gatos, antes de que se los consagrara mimados de la era posindustrial, fueron la del paganismo primero, y la del Renacimiento luego.

Hacia 1688, luego de descubrir la ley de la gravedad, Isaac Newton inventó la gatera al pie de las puertas para dejar que su inspirador circulara en libertad por toda la casa. El Dante, por su parte, fue el único —según cuenta su amigo Cecco de Ascoli— en lograr que un gato le sostuviera una vela junto al papel mientras escribía *La divina comedia* en el exilio de Ravena.

Alejandro Kacero



Dice la leyenda que Cecco de Ascoli, llamado en realidad Francesco Stábili (un científico contestatario, autor de *Acerba*), había tenido fuertes discusiones con el Dante acerca del apego entre gatos, escritores y pintores. Para De Ascoli, eran puro instinto; para el Dante, puro amor. En 1327, Cecco de Ascoli fue acusado de brujería y terminó, también, en la hoguera de la Inquisición.

Príncipes de las tinieblas

En otros lugares de Europa, cada sábado, los gatos expiaban su misterio culpable en las piras de la *Grande Place* de Bruselas y la *Place de Gréves*, de París, donde también se supliciaba por fuego, horca y garrote a los criminales, los vagos, los iluminados y los ladrones. Hasta que la especie se hizo rara y hubo que guardar los pocos que quedaban para cumplir con las fogatas de San Juan y atajar la invasión de lauchas y ratas.

Así, vilipendiado, aniquilado, maldecido, en la Edad Media un gato llegó a venderse a precio de oro. En *Sa Majesté le Chat*, Fernand Méry sostiene que en los años más dramáticos de la peste negra, cuando las ratas llevaban la fiebre del campo a la ciudad, y Europa se extinguía sin remedio, los traficantes árabes hacían fortunas vendiendo gatos machos en los puertos de Génova, Palos y Le Havre. Un gato adulto, de cualquier pelaje, llegó a cotizarse en el mercado negro, con indulgencia de la Iglesia, a un precio superior al de una mansión en el *Quartier Latin* de París.

Los burgueses que podían comprarlo lo alojaban en el cuarto de los niños para alejar a las ratas y las cucarachas. Los pobres se conformaban con dibujar en las paredes una silueta del animal con la esperanza de ahuyentar las hordas de roedores. Se creyó entonces que, además de poderes maléficos, el gato tenía un olfato especial para detectar a las ratas. En realidad, apunta Jean-Louis Hue en *Le chat dans tous ses états*, el felino no tiene mejor nariz que el hombre, pero es capaz de detectar y seleccionar sonidos, aun dormido, a una distancia de 25 metros a la redonda. Sus ojos oblicuos distinguen una mosca de un mosquito, en plena oscuridad y nadie conoce como él el arte de la caza domiciliaria.

Del arca de Noé a las pirámides

¿De dónde sale este advenidizo, el más joven y presuntuoso de la creación? Los mitos orientales lo sitúan en el Diluvio, a bordo del arca de Noé, donde nace del estornudo de un león y seduce a los otros animales por su limpieza y elegancia. Tan petulante se hace el gato que Noé, para castigarlo, lo amarra en cubierta y lo condena a pasar la noche en medio de la tempestad. Del Diluvio Universal le vendría ese aire despectivo y el horror por el agua.

La arqueología, en cambio, puede rastrearlo hasta la cordillera de los Andes, donde vivían los antecesores de los incas. Allí, y en el Alto Egipto, están las primeras huellas, las pinturas y las osamentas que permiten suponer que su aparición se remonta a apenas cincuenta siglos.

En el Museo Arqueológico de Trujillo, en Perú, se han estudiado las primeras imágenes de la historia del gato: tiene rasgos de pastor, de músico, de soldado; curiosamente siempre toma una apariencia humana, con el hocico alargado y los bigotes al viento. A veces lo acompaña un perro y simboliza a un pueblo creativo y orgulloso. Luego aparece en Egipto, donde su parábola se hace gloriosa.

La posibilidad de saberlo todo sobre el gato se frustró hace sesenta años, cuando en Egipto central se descubrió un cementerio con trescientos mil cadáveres. Por ligereza o ignorancia, las veinte toneladas de osamentas fueron cargadas en un barco británico y vendidas como abono en el puerto de Liverpool.

En Egipto, durante los faraones, el macho el aliado del Sol y vencedor de Apopi, la serpiente de la noche. La hembra es la diosa del pueblo humilde que la llama "Dama del cielo". Aparece borroneado en papiros, pero sobre todo en pinturas, grabados y esculturas. En el Museo Británico —y en el de El Cairo, claro— se los puede ver intactos, momificados por sus adoradores paganos que no los confundían con Dios ni con el Diablo, pero los trataban como a lo más perfecto de la creación.

De hecho, el gato reunía las condiciones para ser apreciado en aquella civilización que no dejó un documento comparable a la Biblia o al Corán. Es posible que el animal haya aparecido entre los sembradíos, cazando roedores y pájaros, y que los egipcios hayan comprendido enseguida que debían proteger a ese aliado de las buenas cosechas. Luego lo deben haber visto jugar y lavarse y dormir con esa gracia que las mujeres iban a envidiar e imitar en el Renacimiento. Un día el gato se habrá instalado junto al fuego o sobre la cama, bajo un rayo de sol. Las ratas y las serpientes habrán desaparecido, espantadas. De golpe, el gato, que se deja estrujar por cualquier niño, había conquistado el mundo.

¿Por qué el perro, que había sido un fiel compañero desde que el hombre se puso en dos patas, cedió su puesto al gato y entró en el olvido hasta la llegada del cristianismo? Fernad Méry arriesga una hipótesis: los príncipes y faraones, consanguíneos y proclives a la epilepsia, deben haber confundido los síntomas de la rabia y los del Gran Mal y culparon al perro de transmitirlo. Al parecer, lo mismo ocurrió con los griegos, que con malas artes se habían apoderado de las grandes conquistas de los egipcios: la astronomía, la geometría y la filosofía.

El espionaje griego descubre al gato

Herodoto cuenta que los espías de Grecia buscaban, también, el secreto por el cual sus adversarios obtenían las mejores cosechas. En Atenas los ratones hacían estragos y los expertos habían fracasado en su intento de alejarlos con la presencia de animales carnívoros. La comadreja desangraba las cabras, bebía la sangre de las gallinas y sólo mataba las ratas para mantener su capacidad de combate.

Los espías griegos robaron los primeros gatos en Luxor y en Tebas. Según la especialista británica Margaret Cooper (*How to live with a cat*), los llevaron primero al campo y después a la ciudad, y sus cosechas se multiplicaron por diez. Los romanos, a su vez, capturaron algunos en Grecia y, fascinados por su desenvoltura y valentía, los dibujaron en los estandartes de combate. Con Julio César llegaron a toda Europa y a Persia. Desde allí pasaron a la China y a Japón.

En el siglo V, cuando los bárbaros y las pestes arrasan con Europa, los gatos retroceden, espantados por el invasor. Las sociedades más civilizadas tratan de protegerlos con leyes y artimañas. A los pocos que quedan se los vende a precio de oro y con garantía del Estado. Quien mata un gato debe pagar una multa en leche, carne de cordero y lana, o una cantidad de trigo suficiente como para cubrir la altura del cadáver de la víctima sostenido por la punta de la cola y con la cabeza a ras del suelo.

Los bárbaros, fascinados, los llevan de regalo a sus mujeres en Germania y Escandinavia y mil años después de la muerte de Cleopatra renace el culto de Freya, la diosa de la vegetación. Esta vez las orgías sexuales se inspiran en el gato, en sus amores y en sus gritos de batalla; la sangre y la muerte coronan al sexo hasta que interviene la Iglesia y el gato se vuelve impuro, hijo de Satán. Empieza el tiempo de las grandes hogueras.

Durante toda la Edad Media el gato simboliza en Europa la brujería, la lujuria y el pecado. Si la especie no desapareció fue porque los hombres iban a necesitarlos para otra batalla de supervivencia. Los barcos de los cruzados que volvían de Tierra Santa transportaban, también, la rata negra, que llevó el cólera a todas partes, sin distinguir chozas de castillos.

Por fortuna, en los claustros, las mujeres que aguardaban a los cruzados habían conservado el gato como única compañía y las crías se habían guarecido en los bosques y las montañas. Al cabo de veinte años la cacería hizo retroceder a las ratas y acabó con la peste. Los gatos tuvieron entonces un breve respiro, volvieron a instalarse en las casas y a multiplicarse en los techos. Pero el jolgorio duraría muy poco tiempo: el cristianismo insistía en ver en esos ojos cargados de incertidumbre al más detestable habitante del infierno.

"Una sola luz alumbra su reino —escribe Jean-Louis Hue—: viene de la hoguera. Hasta fines del siglo pasado, los belgas de Bruselas seguían con el rito de arrojar a los gatos desde lo alto de los edificios que rodean a la majestuosa *Grande Place*. Hoy, la ceremonia suele practicarse con réplicas de trapo o de plástico.

Los gatos no deben amar a los belgas (como no los amaba Baudelaire), pero las gentes de Italia son consideradas por ellos como los seres más generosos de la humanidad. Hay una calle en Roma, cerca del Panteón, que se llama Strada della Gatta (en homenaje a Bastet, la diosa egipcia de la XXII dinastía); la municipalidad de la capital se hace cargo de la alimentación y el cuidado de los gatos vagabundos, sobre todo los que se pasean por las ruinas. Es un rito que poca gente advierte, porque la relación con los gatos exige discreción y fineza.

La ciencia, que los descuartiza en laboratorios de ensayo, les ha permitido, como a los humanos, aumentar su promedio de vida, estimado hoy en doce años. Muchos, bien cuidados, pueden vivir hasta veinte (*Take*, la musa inspiradora de Raymond Chandler, alcanzó los diecinueve) pero muy pocos llegan más allá, salvo en la fantasía de sus adoradores. Según Robert de Loroche (*Le chat dans la tradition spirituelle*) se ha probado el caso de uno solo, en Estados Unidos, que vivió 36 años.

En la Argentina, los festejos en el año del gato pasaron casi desapercibidos. Gerardo Sofovich hizo su negocio mostrando algunos en su patético espacio de televisión, pero nadie homenajeó a *Doce*, el hermoso colorado que cuida la cancha de Boca ni a *Walter*, el gris rayado que manda por las noches en River. Nadie sabe dónde fue a parar *Cara sucia*, el blanco y negro que festejaba los goles de San Lorenzo en el desaparecido Gasómetro de Avenida La Plata. Tampoco se conoce el destino de aquel negro inmenso que, según cuenta uno de sus soldados, acariciaba en su tienda de campaña de las sierras tucumanas el homicida general Acdel Vilas.

El general de la muerte, el guerrero medieval, podía mostrar un gato como símbolo satánico, pero no hay manera de amancebar a ese animal. Nunca le sirvió a la policía ni a nadie que espere otra cosa que una mirada, un guiño, una caricia reveladora.

Concluye Lope de Vega, que en los malos tiempos conoció a centenares:

Era el gatazo de gentil
persona
y no menos galán que
enamorado;
bigote blanco, rostro
despejado,
ojos alegres, niñas mesuradas,
de color de esmeraldas
diamantadas.

(Esta crónica está dedicada al *Negro Leni*, a la *Chirusa*, al recuerdo del *Pereco* y a todos los gatos que cuidan de nosotros)

Dice la leyenda que Cecco de Ascoli, llamado en realidad Francesco Stábili (un científico contestatario, autor de *Acerbà*), había tenido fuertes discusiones con el Dante acerca del apego entre gatos, escritores y pintores. Para De Ascoli, eran puro instinto; para el Dante, puro amor. En 1327, Cecco de Ascoli fue acusado de brujería y terminó, también, en la hoguera de la Inquisición.

Príncipes de las tinieblas

En otros lugares de Europa, cada sábado, los gatos expiaban su misterio culpable en las piras de la *Grande Place* de Bruselas y la *Place de Grèves*, de París, donde también se supliciaba por fuego, horca y garrote a los criminales, los vagos, los iluminados y los ladrones. Hasta que la especie se hizo rara y hubo que guardar los pocos que quedaban para cumplir con las fogatas de San Juan y atajar la invasión de lauchas y ratas.

Así, vilipendiado, aniquilado, maldecido, en la Edad Media un gato llegó a venderse a precio de oro. En *Sa Majesté le Chat*, Fernand Méry sostiene que en los años más dramáticos de la peste negra, cuando las ratas llevaban la fiebre del campo a la ciudad, y Europa se extinguía sin remedio, los traficantes árabes hacían fortunas vendiendo gatos machos en los puertos de Génova, Palos y Le Havre. Un gato adulto, de cualquier pelaje, llegó a cotizarse en el mercado negro, con indulgencia de la Iglesia, a un precio superior al de una mansión en el *Quartier Latin* de París.

Los burgueses que podían comprarlo lo alojaban en el cuarto de los niños para alejar a las ratas y las cucarachas. Los pobres se conformaban con dibujar en las paredes una silueta del animal con la esperanza de ahuyentar las hordas de roedores. Se creyó entonces que, además de poderes maléficos, el gato tenía un olfato especial para detectar a las ratas. En realidad, apunta Jean-Louis Hue en *Le chat dans tous ses états*, el felino no tiene mejor nariz que el hombre, pero es capaz de detectar y seleccionar sonidos, aun dormido, a una distancia de 25 metros a la redonda. Sus ojos oblicuos distinguen una mosca de un mosquito, en plena oscuridad y nadie conoce como él el arte de la caza domiciliaria.

Del arca de Noé a las pirámides

¿De dónde sale este advenidizo, el más joven y presuntuoso de la creación? Los mitos orientales lo sitúan en el Diluvio, a bordo del arca de Noé, donde nace del estornudo de un león y seduce a los otros animales por su limpieza y elegancia. Tan petulante se hace el gato que Noé, para castigarlo, lo amarra en cubierta y lo condena a pasar la noche en medio de la tempestad. Del Diluvio Universal le vendría ese aire despectivo y el horror por el agua.

La arqueología, en cambio, puede rastrearlo hasta la cordillera de los Andes, donde vivían los antecesores de los incas. Allí, y en el Alto Egipto, están las primeras huellas, las pinturas y las osamentas que permiten suponer que su aparición se remonta a apenas cincuenta siglos.

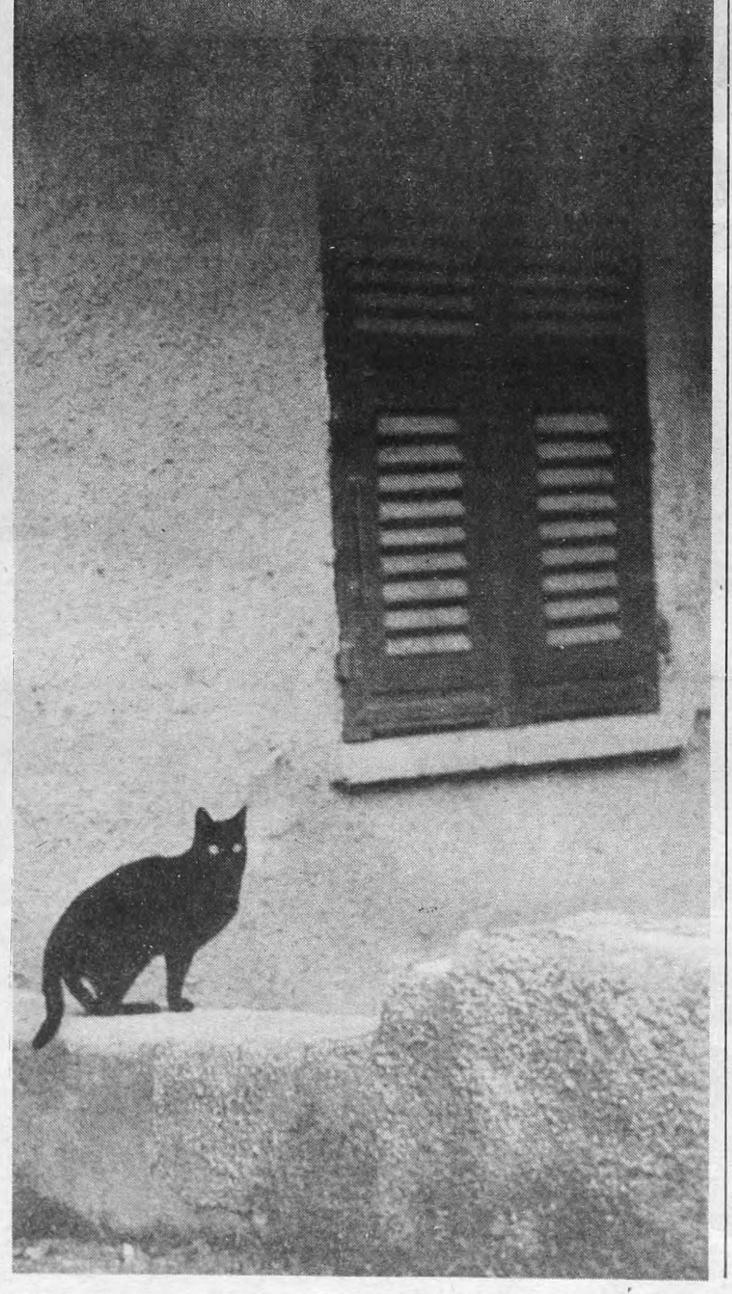
En el Museo Arqueológico de Trujillo, en Perú, se han estudiado las primeras imágenes de la historia del gato: tiene rasgos de pastor, de músico, de soldado; curiosamente siempre toma una apariencia humana, con el hocico alargado y los bigotes al viento. A veces lo acompaña un perro y simboliza a un pueblo creativo y orgulloso. Luego aparece en Egipto, donde su parábola se hace gloriosa.

La posibilidad de saberlo todo sobre el gato se frustró hace sesenta años, cuando en Egipto central se descubrió un cementerio con trescientos mil cadáveres. Por ligereza o ignorancia, las veinte toneladas de osamentas fueron cargadas en un barco británico y vendidas como abono en el puerto de Liverpool.

En Egipto, durante los faraones, el macho el aliado del Sol y vencedor de Apopi, la serpiente de la noche. La hembra es la diosa del pueblo humilde que la llama "Dama del cielo". Aparece borroneado en papiros, pero sobre todo en pinturas, grabados y esculturas. En el Museo Británico —y en el de El Cairo, claro— se los puede ver intactos, momificados por sus adoradores paganos que no los confundían con Dios ni con el Diablo, pero los trataban como a lo más perfecto de la creación.

De hecho, el gato reunía las condiciones para ser apreciado en aquella civilización que no dejó un documento comparable a la Biblia o al Corán. Es posible que el animal haya aparecido entre los sembradíos, cazando roedores y pájaros, y que los egipcios hayan comprendido enseguida que debían proteger a ese aliado de las buenas cosechas. Luego lo deben haber visto jugar y lavarse y dormir con esa gracia que las mujeres iban a envidiar e imitar en el Renacimiento. Un día el gato se habrá instalado junto al fuego o sobre la cama, bajo un rayo de sol. Las ratas y las serpientes habrán desaparecido, espantadas. De golpe, el gato, que se deja estrujar por cualquier niño, había conquistado el mundo.

¿Por qué el perro, que había sido un fiel compañero desde que el hombre se puso en dos patas, cedió su puesto al gato y entró en el olvido hasta la llegada del cristianismo? Fernad Méry arriesga una hipótesis: los príncipes y faraones, consanguíneos y proclives a la epilepsia, deben haber confundido los síntomas de la rabia y los del Gran Mal y culparon al perro de transmitirlo. Al parecer, lo mismo ocurrió con los griegos, que con malas artes se habían apoderado de las grandes conquistas de los egipcios: la astronomía, la geometría y la filosofía.



El espionaje griego descubre al gato

Herodoto cuenta que los espías de Grecia buscaban, también, el secreto por el cual sus adversarios obtenían las mejores cosechas. En Atenas los ratones hacían estragos y los expertos habían fracasado en su intento de alejarlos con la presencia de animales carnívoros. La comadreja desangraba las cabras, bebía la sangre de las gallinas y sólo mataba las ratas para mantener su capacidad de combate.

Los espías griegos robaron los primeros gatos en Luxor y en Tebas. Según la especialista británica Margaret Cooper (*How to live with a cat*), los llevaron primero al campo y después a la ciudad, y sus cosechas se multiplicaron por diez. Los romanos, a su vez, capturaron algunos en Grecia y, fascinados por su desenvoltura y valentía, los dibujaron en los estandartes de combate. Con Julio César llegaron a toda Europa y a Persia. Desde allí pasaron a la China y a Japón.

En el siglo V, cuando los bárbaros y las pestes arrasan con Europa, los gatos retroceden, espantados por el invasor. Las sociedades más civilizadas tratan de protegerlos con leyes y artimañas. A los pocos que quedan se los vende a precio de oro y con garantía del Estado. Quien mata un gato debe pagar una multa en leche, carne de cordero y lana, o una cantidad de trigo suficiente como para cubrir la altura del cadáver de la víctima sostenido por la punta de la cola y con la cabeza a ras del suelo.

Los bárbaros, fascinados, los llevan de regalo a sus mujeres en Germania y Escandinavia y mil años después de la muerte de Cleopatra renace el culto de Freya, la diosa de la vegetación. Esta vez las orgías sexuales se inspiran en el gato, en sus amores y en sus gritos de batalla; la sangre y la muerte coronan al sexo hasta que interviene la Iglesia y el gato se vuelve impuro, hijo de Satán. Empieza el tiempo de las grandes hogueras.

Durante toda la Edad Media el gato simboliza en Europa la brujería, la lujuria y el pecado. Si la especie no desapareció fue porque los hombres iban a necesitarlos para otra batalla de supervivencia. Los barcos de los cruzados que volvían de Tierra Santa transportaban, también, la rata negra, que llevó el cólera a todas partes, sin distinguir chozas de castillos.

Por fortuna, en los claustros, las mujeres que aguardaban a los cruzados habían conservado el gato como única compañía y las crías se habían guarecido en los bosques y las montañas. Al cabo de veinte años la cacería hizo retroceder a las ratas y acabó con la peste. Los gatos tuvieron entonces un breve respiro, volvieron a instalarse en las casas y a multiplicarse en los techos. Pero el jolgorio duraría muy poco tiempo: el cristianismo insistía en ver en esos ojos cargados de incertidumbre al más detestable habitante del infierno.

"Una sola luz alumbra su reino —escribe Jean-Louis Hue—: viene de la hoguera. Hasta fines del siglo pasado, los belgas de Bruselas seguían con el rito de arrojar a los gatos desde lo alto de los edificios que rodean a la majestuosa *Grande Place*. Hoy, la ceremonia suele practicarse con réplicas de trapo o de plástico.

Los gatos no deben amar a los belgas (como no los amaba Baudelaire), pero las gentes de Italia son consideradas por ellos como los seres más generosos de la humanidad. Hay una calle en Roma, cerca del Panteón, que se llama Strada della Gatta (en homenaje a Bastet, la diosa egipcia de la XXII dinastía); la municipalidad de la capital se hace cargo de la alimentación y el cuidado de los gatos vagabundos, sobre todo los que se pasean por las ruinas. Es un rito que poca gente advierte, porque la relación con los gatos exige discreción y fineza.

La ciencia, que los descuartiza en laboratorios de ensayo, les ha permitido, como a los humanos, aumentar su promedio de vida, estimado hoy en doce años. Muchos, bien cuidados, pueden vivir hasta veinte (*Take*, la musa inspiradora de Raymond Chandler, alcanzó los diecinueve) pero muy pocos llegan más allá, salvo en la fantasía de sus adoradores. Según Robert de Loroche (*Le chat dans la tradition spirituelle*) se ha probado el caso de uno solo, en Estados Unidos, que vivió 36 años.

En la Argentina, los festejos en el año del gato pasaron casi desapercibidos. Gerardo Sofovich hizo su negocio mostrando algunos en su patético espacio de televisión, pero nadie homenajeó a *Doce*, el hermoso colorado que cuida la cancha de Boca ni a *Walter*, el gris rayado que manda por las noches en River. Nadie sabe dónde fue a parar *Cara sucia*, el blanco y negro que festejaba los goles de San Lorenzo en el desaparecido Gasómetro de Avenida La Plata. Tampoco se conoce el destino de aquel negro inmenso que, según cuenta uno de sus soldados, acariciaba en su tienda de campaña de las sierras tucumanas el homicida general Acdel Vilas.

El general de la muerte, el guerrero medieval, podía mostrar un gato como símbolo satánico, pero no hay manera de amancebar a ese animal. Nunca le sirvió a la policía ni a nadie que espere otra cosa que una mirada, un guiño, una caricia reveladora.

Concluye Lope de Vega, que en los malos tiempos conoció a centenares:

Era el gatazo de gentil
persona
y no menos galán que
enamorado;
bigote blanco, rostro
despejado,
ojos alegres, niñas mesuradas,
de color de esmeraldas
diamantadas.

(Esta crónica está dedicada al *Negro Leni*, a la *Chirusa*, al recuerdo del *Peteco* y a todos los gatos que cuidan de nosotros)

FELINOS DE PAPEL

LA ASPIRACION FRUSTRADA DE SER GATO

Por Ricardo Mancini

il manifesto
de Roma

Tigre de los pobres diablos, ¿trampa para ratones o el más envidiable de los epicúreos? La literatura que se interesó en los felinos siempre estuvo dividida y continúa estándolo entre apasionadas exaltaciones, antiguas incomprensiones e incluso, odios viscerales. En medio de todo esto, el gato es inocente de todo lo que los hombres insisten en proyectar sobre su imagen.

La diversidad jamás es aceptada de buen grado, tanto más si es tan evidente que se convierte en alteridad. Peludos, de ojos penetrantes, ágiles y poco dispuestos a la obediencia, los gatitos fueron objeto, primero de adoración y después, perseguidos, sin haber hecho nada para merecerlo.

Hay incluso intentos de humanizarlos, de hacerles perder las características específicas de la felinidad (aquellas que hacen nacer el afecto más sincero). Los hermanos Grimm y La Fontaine escribieron fábulas en las cuales los gatos enamoraban a los hombres al punto de que una espléndida magia los transformaba en humanos. Hoffman y Lope de Vega los exaltaron por la capacidad "casi" humana que poseían. En el lado opuesto, el deseo humano de conquistar la felinidad.

El médico lombardo Giovanni Rajberti es el autor de la obra italiana más entusiasta sobre los gatos. En 1845 escribió un curioso tratado titulado *Sobre el gato-rasgos fisiológicos y morales*. El objetivo del médico-poeta es preciso: demostrar que "si es cierto que la meta de cada acción humana es la sabiduría y la felicidad, entonces el hombre quiere ser gato: porque el gato es, entre todos los animales, el más sabio y, consecuentemente, el más feliz". Rajberti juega con ironía en la exaltación absoluta y totalmente incondicional del felino. Así, el gato es condenado a no ser más él mismo para convertirse en símbolo de libertad (rechaza las sujeciones y las exigencias sociales siempre crecientes y no deja que su espíritu sea influenciado por ningún sistema nuevo ni que se le imponga ninguna ley). El verdadero patrón de casa ("También debido a que es el único que la goza y la vive por completo, desde el sótano hasta el tejado"). Epicúreo, beato y soñador ("Oh, dime, oh gatito, ¿qué genio se oculta bajo esa, tu frente inspirada?"). La conclusión se descuenta: "Si yo no fuese un hombre, querría ser un gato".

Gatos humanizados u hombres gatizados. ¿Es posible que no existan otras vías?

En 1987 se obtuvo cierto éxito con una publicación editada por *Stampa Alternativa*, bajo el título *Gatos*, con reproducciones de once retratos felinos realizados por María Ida Amadei y que contenía un fragmento del cuento *Mis Animales*, de Théophile Gautier. El inspirador de Baudelaire describe las dinastías de felinos, "numerosas como las dinastías de los reyes egipcios", que alternaron en su casa. Gildebrando, Monna Teofila, don Pierrot de Navarra, Serafita, Enjolras, Gavroche, Eponina, Zizi, no son sólo nombres, sino pedazos de alma, recuerdos, ternura.

"El compañero de vuestras horas de soledad, de melancolía y de trabajo. Permanece durante noches enteras en vuestras rodillas, ronroneando quieto, feliz de estar con vosotros, dejando de lado la compañía de los animales de su especie. Si lo colocan en el suelo, trepa enseguida al lugar donde estaba acomodado, con una especie de testarudez que es como un dulce reproche. A veces, acostado ante vosotros, mira con ojos tiernos y acariciantes y, tan humanos, que casi aterroriza: ya que es imposible suponer que no haya en él *pensamiento*". Ni siquiera Gautier logra romper la espiral identificadora hombre-gato. Es evidente que los ama realmente. Logra desmantelar fácilmente uno de los preconceptos más difundidos sobre el gato: la presunta incapacidad de afecto. "Conquistar la amistad de un gato es muy difícil. El gato es un animal filosófico, ordenado, tranquilo, celoso de sus propias costumbres, amigo del orden y de la limpieza. Acepta, sí, ser vuestro amigo, si os considera digno, pero jamás vuestro esclavo. En su ternura, mantiene intacto el libre arbitrio y no hará por vosotros ninguna cosa que no considere razonable. Sin embargo, una vez conquistado, cuánta confianza, cuánta fidelidad de afecto".

Al no encontrar en la *alta* literatura ejemplos de un relato auténtico y respetuoso de las diversidades recíprocas, intentamos con un género popular, la ciencia ficción, siempre interesada en la confrontación con las diversas alteridades.

El Oscar a la ciencia ficción de tipo gatuno seguramente le correspondería al norteamericano septuagenario Fritz Leiber, que en casi cincuenta años de carrera situó a los gatos como figuras centrales de sus novelas de mayor éxito. Los gatos verdes de Vega hacen su aparición de improviso en la tierra y travestidos en un comienzo como agentes de la KGB, tienen la extraordinaria capacidad de pacificar los ánimos, de volver mansos hasta a los gángsters sin corazón. Eso dice *El milenio verde*, escrito en 1953.

En otro cuento, *Gatos*, escrito en 1974, Leiber vuelve sobre el mismo tema: los gatos son una raza cósmica llegada a la tierra hace miles de años y tienen el derecho de ser los verdaderos amos del planeta, más que esos "feos simios peludos".

El tema de la absoluta alteridad de los gatos también fue tratado por Ted Sturgeon en el cuento *Fluffy*. Cuando el ser humano se pregunta cómo todavía los gatos no han eliminado a la raza humana, la respuesta del felino es patética: "¿Piensan que no lo logramos? Nosotros somos superiores a la raza humana en inteligencia, en velocidad y en la reproducción. ¿Pero, por qué tendríamos que eliminarlos? Mientras se comporten como han hecho en estos últimos miles de años, alimentándonos, defendiéndonos y no pidiéndonos nada a cambio —fuera de nuestra presencia, con el único fin de admirarnos—, hasta ese momento, pueden quedarse aquí".

Otros autores son más optimistas, como Robert Heinlein, que en una de sus novelas más conocidas, *La puerta del verano*, describe con mucha ternura la relación entre el protagonista y el gato friolento, Petronio Arbitrio —llamado Pete—, que lo obliga, cuando hay mal tiempo, a inspeccionar con él todas las puertas y ventanas de la casa, con la esperanza de que por lo menos una de éstas se abra sobre un caluroso día de verano.

En el grupo de los humanos que querrían *gatizarse*, se encuentra Ursula Le Guin, la escritora americana de ciencia ficción más conocida y premiada, quien espera que en su próxima reencarnación pueda convertirse en una gata veneciana.

Las complicaciones y los cambios de roles entre hombre y gato todavía parecen estar lejos de una solución. En espera del reconocimiento del gato sólo como otro, distinto de sí pero con igual dignidad de derechos, no nos queda más que reflexionar sobre una profunda afirmación del célebre novelista norteamericano Henry James: "Gatos y simios; simios y gatos: aquí está toda la vida humana".

Gustavo Saiegh

